

esto la realeza carolingia inaugura una tradición que continuará, tras ella, durante siglos- el ideal del rey no consistirá ya en ser un César, un potentado que sólo apoya su fuerza y su autoridad en recursos terrestres, sino en hacer reinar sobre la tierra los preceptos divinos, en gobernar según la moral cristiana, es decir, de acuerdo con la Iglesia. Esta fue, evidentemente, la idea que San Bonifacio y Esteban II debieron de transmitir a Pipino y que éste legó a Carlomagno. Y se la encuentra expresada en todos los tratados del siglo IX acerca del poder real, tanto en la Via Regia de Smaragde como en De rectoribus christianis de Sedulios. En realidad, hace de la religión un asunto de Estado. Sólo los que pertenecen a la sociedad cristiana pueden convivir en la sociedad pública, y la excomunión equiva le a poner fuera de la ley...

Tercera parte: La invasión musulmana.

La invasión.

No existe en la historia del mundo un hecho comparable, por la universalidad y la instantaneidad de sus consecuencias, al de la expansión del Islam durante el siglo VII.

La fulminante rapidez de su propagación no es menos sorprendente que la inmensidad de sus conquistas. Desde la muerte de Mahoma (632), sólo ha necesitado setenta años para extenderse desde el mar de China al Océano Atlántico. Nada se le resiste. Al primer encuentro, derriba el Imperio persa (637-644), después arrebató sucesivamente al Imperio bizantino todas las provincias a las que pone sitio: Siria (634-636), Egipto (640-642), Africa (698) y España (711). Los visigodos habían reconquistado España, que estaba en poder de los bizantinos. Su último rey, Rodrigo, desaparece en la batalla de Cádiz (711).

Este progreso invasor sólo tendrá fin en los comienzos del siglo VIII, cuando el gran movimiento con que amenaza a Europa por los dos lados a la vez fracasa junto a los muros de Constantinopla (717) y ante los soldados de Carlos Martel, en la llanura de Poitiers (732). Entonces se detiene. Su primera fuerza de expansión está agotada, pero le ha bastado para cambiar la faz de la tierra. A su paso, las raíces de los viejos Estados que se extendían hasta lo más profundo de los siglos fueron arrancadas como por un ciclón; el orden tradicional de

la História fue trastornado. Allí acabó el viejo Imperio persa, heredero de Asiria y de Babilonia; esas regiones helenizadas de Asia que constituyeron el Imperio de Alejandro Magno, y que gravitaron luego en la órbita de Europa; este antiguo Egipto cuyo pasado se conservaba aún bajo el sedimento griego que le protegía desde los Tolomeos; esas provincias africanas que conquistó Roma a Cartago. En lo sucesivo todo esto queda sometido a la obediencia religiosa y política del más poderoso señor que ha existido: el Califa de Bagdad.

Y todo ello es obra de un pueblo de nómadas, hasta entonces casi desconocido en sus desiertos pedregosos, despreciado por todos los conquistadores y con muchos menos habitantes que la Germania. Pero este pueblo acaba de ser convertido por un profeta que nació en su seno. Ha roto sus viejos ídolos para pasar bruscamente al monoteísmo más puro, y tiene de sus deberes para con Dios una concepción extraordinariamente simple: obedecer a Alá y obligar a los infieles a obedecerle. La guerra santa constituye para él una obligación moral que lleva en sí la recompensa. Los guerreros caídos con las armas en la mano gozarán de dulzuras beatíficas en el paraíso. Para otros, el botín de los ricos traficantes, que rodean por todas partes la pobre Arabia, será el premio legítimo de tal apostolado militar. No puede dudarse que el fanatismo, o si se prefiere, el entusiasmo religioso, ha sido el resorte que lanzó a los musulmanes sobre el mundo. Entre las invasiones de estos sectarios que se ponen en movimiento invocando a Alá y las de los germanos que sólo abandonan su hogar para adquirir tierras más fértiles, la oposición moral resulta singularmente esclarecedora. Es cierto, sin embargo, que la constitución social de los árabes los hacía maravillosamente aptos para desempeñar este papel. Pobres y nómadas, estaban bien preparados para obedecer las órdenes de Dios. Les bastaba ensillar sus caballos y lanzarse a la aventura. No son, como los germanos, emigrantes que arrastran tras ellos mujeres, niños, esclavos y ganado; sino jinetes habituados desde la infancia a las algaras y a quienes Alá obliga a lanzarse en su nombre a la depredación del Universo.

Importa reconocer, por otra parte, que la debilidad de sus adversarios facilitó prodigiosamente la tarea. Ni el Imperio bizantino, ni el persa, sorprendidos uno y otro por lo imprevisto del ataque, estaban en condiciones de resistir. Después de Justino II, el gobierno de Constantinopla no había cesado de languidecer, y en ninguna parte, desde Siria hasta España, los invasores encontraron ejércitos con quienes combatir. A su ímpetu sólo se opuso el desorden. Desde 698,

únicamente subsistía Italia de todas las conquistas de Justiniano. El cristianismo, que había reinado en todas las costas del Mediterráneo, sólo conservaba las del Norte. En las tres cuartas partes de su extensión, las orillas de este mar, que había sido hasta entonces el centro común de la civilización europea, pertenecían al Islam.

Y no sólo por la ocupación, sino también por la absorción religiosa y política. Los árabes no respetaron, como los germanos, el estado de cosas que encontraron entre los vencidos. Ni podía ser de otro modo. En efecto: mientras que los germanos, abandonando su religión por el cristianismo, fraternizaron en seguida con los romanos, los musulmanes aparecían como propagandistas de una nueva fe exclusiva o intolerante, que todos debían acatar. La religión, en todos los sitios que ellos dominaron, fue la base de la sociedad política, o por mejor decir, la organización religiosa y la organización pública son idénticas para ellos; la Iglesia y el Estado forman una sola unidad. Los infieles no pueden practicar su culto más que como simples individuos, privados de toda clase de derechos. Todo fue cambiado a fondo y en conjunto, de acuerdo con los principios del Corán. De la administración, justicia, hacienda y ejército, no quedó nada. Cadíes y emires reemplazaron a los exarcas del lugar. El derecho musulmán substituyó en todas partes al derecho romano y, a su vez, la lengua árabe desalojó a las lenguas griega y latina, ante las cuales habían desaparecido desde hacía tanto tiempo los viejos idiomas nacionales de las costas de Siria, Africa y España.

En estos dos elementos, la religión y el idioma, consiste la aportación árabe a la civilización musulmana. Por lo demás, por brillante que fuera durante los primeros siglos del Islam resulta, en último término, poco original. Los pueblos vencidos estaban más civilizados que sus vencedores nómadas y éstos se aprovecharon a manos llenas. Tradujeron las obras de sus sabios y de sus filósofos, se inspiraron en su arte, y se asimilaron sus procedimientos agrícolas, mercantiles e industriales. La extensión y la diversidad de los países y de las naciones que dominaron, les ofrecieron un sinnúmero de influencias que, mezcladas las unas a las otras, hicieron de la civilización musulmana algo sumamente matizado, pero sin gran profundidad. De estas influencias, la del helenismo rivalizó con la de Persia. Esto no puede asombrarnos, si se piensa que los árabes ocupaban justamente las partes más ricas y más pobladas del mundo griego de entonces: el Egipto y Siria. Su arquitectura da una idea exacta de la variedad y de la importancia relativa de sus "asimilaciones". En la deco-

ración se encuentran caracteres que proceden evidentemente de Persia o de la India, pero la concepción general y las partes esenciales del monumento no evidencian menos un parentesco palmario con la arquitectura bizantina. El predominio griego se manifiesta más aún en el dominio del pensamiento. Aristóteles es el maestro de los filósofos árabes, que, por otra parte, no le añadieron nada esencial. En suma, dentro del orden intelectual, la civilización musulmana no ha ejercido una profunda influencia sobre los pueblos europeos y esto se explica muy sencillamente por lo que hay en ella de artificial, y por el hecho de que las fuentes en las cuales se ha abrevado con preferencia eran en su mayoría fuentes europeas.

No sucede lo mismo si se encara el asunto desde el punto de vista económico. Aquí los árabes han sido, gracias a su contacto simultáneo con el Occidente y el Extremo Oriente, preciosos intermediarios. Desde la India transportaron la caña de azúcar a Sicilia y a Africa, el arroz a Sicilia y a España (desde donde los españoles lo llevarán a Italia en los siglos XV y XVI), el algodón a Sicilia y a Africa; aclimataron en Asia la fabricación de la seda que los chinos les enseñaron; son ellos también los que descubren y extienden el uso del papel, sin el cual la invención de la imprenta hubiéra sido inútil o, mejor dicho no se habría realizado, e importaron la brújula. Por lo demás, estas y otras muchas innovaciones sólo pasan mucho más tarde a los pueblos cristianos. En un principio sirvieron únicamente para hacer del Islam, en relación con sus vecinos de Europa, un enemigo sumamente temible, pues era más rico y se encontraba mejor provisto. Del siglo VII al XI será sin duda el amo del Mediterráneo. Los puertos que construye (el Cairo, que sucede a Alejandría, Túnez y Keruán) son las etapas obligadas del comercio que circula entre el estrecho de Gibraltar y el mar de China, por los puertos del Egipto que se comunican con el mar Rojo, y por los de Siria, donde concluye la ruta de Bagdad y del Golfo Pérsico. La navegación cristiana se reduce a un tímido cabotaje a lo largo de las costas del Adriático, de la Italia del sur y entre las islas del Archipiélago.

Todas las grandes vías marítimas pertenecen a los musulmanes.

Las consecuencias.

Un acontecimiento imprevisto apareja siempre una catástrofe

proporcionada a su importancia. Se arroja, por decirlo así, a través de la corriente de la vida histórica, interrumpiendo las series de causas y de consecuencias que la constituyen, las hace refluir en cierto modo, y por sus repercusiones inadvertidas, trastorna el orden natural de las cosas. Esto es lo que aconteció en tiempos de la invasión musulmana. Desde hacía muchos siglos, Europa gravitaba en torno al Mediterráneo. Gracias a él fue propagada la civilización y sus diversas partes se comunicaron las unas con las otras. En todas sus costas, y en sus caracteres fundamentales, la existencia social era la misma, la religión la misma, las costumbres y las ideas las mismas o muy próximas a serlo. La invasión germánica no había modificado nada esencial de esta situación. A pesar de todo, puede decirse que, a mediados del siglo VII, Europa constituía aún, como en tiempos del Imperio romano, una unidad mediterránea.

Pero, bajo el impulso subitáneo del Islam, tal unidad se rompe de pronto. En la mayor parte de su extensión, este mar familiar y casi doméstico, este mar que los romanos llamaban *mare nostrum*, se hace extraño y hostil. El intercambio que se realizaba hasta entonces entre Occidente y Oriente fue interrumpido. Se separan bruscamente el uno del otro. La comunidad, en la que habían vivido durante tanto tiempo, cesa por muchos siglos, y la Europa de hoy se resiente aún de tal ruptura.

Obligado a enfrentarse con el Este, el Imperio no puede permanecer en el Danubio. Los búlgaros, los serbios y los croatas se extienden por los Balcanes, y únicamente las ciudades continúan siendo griegas. No se mezclan con la población como los germanos. El Imperio bizantino cesa de ser universal y se convierte en un Estado griego.

En 677, los búlgaros someten a las tribus eslavas y se funden con ellas en Mesia. A mediados del siglo IX, su príncipe Boris es convertido por Metodio y toma el nombre de Miguel.

El Imperio bizantino, desde entonces confinado entre la costa de Iliria y el alto Eufrates, consagrará lo mejor de sus fuerzas a resistir la presión del Islam. Su larga historia, hasta el día en que, ya a mediados del siglo XV, sucumbirá, por fin, bajo los golpes de los turcos, tendrá aún momentos de esplendor y verá desenvolverse una civilización cuya originalidad consiste en la mezcla de las tradiciones antiguas con el cristianismo ortodoxo y una orientalización creciente.

Pero casi todo el tiempo esta historia será ajena a la de Europa Occidental. Sólo Venecia conservará contacto con Bizancio, encontrando en su papel de intermediaria entre el Occidente y el Oriente, el punto de partida de su futura grandeza. Por lo demás, si Bizancio deja de intervenir en Occidente, no dejará de ejercer por eso una influencia que habrá de sobrevivirle a través de los siglos. Ella cristianizó a los eslavos del sur y del este: serbios, búlgaros y rusos, y es su pueblo el que, después de haber sufrido el yugo turco durante cuatrocientos años, reconstituyó en el siglo XX la nacionalidad griega.

Al Occidente, su separación de Bizancio le coloca en una situación absolutamente nueva. Parecía relegarle al margen de la civilización, porque desde el origen de los tiempos fue del Oriente de donde le llegaron todas las formas de la vida civilizada y todos los progresos sociales. Con los árabes, establecidos en España y en la costa de Africa, el Oriente, en verdad, se acercaba a él. Pero entre su pueblo cristiano y este Oriente musulmán la diferencia de las confesiones religiosas impedía, a despecho del contacto material, la unión del espíritu. Por primera vez, desde la formación del Imperio romano, la Europa occidental se encontraba aislada del resto del mundo. El Mediterráneo, mediante el cual se había relacionado hasta entonces con la civilización, se cerraba ante ella. Este fue quizá el resultado más importante, para la historia universal, de la expansión del islamismo. Porque el cristianismo de Occidente, detenido en sus relaciones tradicionales, se convirtió en un mundo aparte, y no pudiendo ya contar más que con él mismo se verá obligado a desenvolverse con sus propios medios. Desviado del Mediterráneo, dirigirá sus esfuerzos hacia las regiones aún bárbaras de más allá del Rin y hacia las orillas del mar del Norte. La sociedad europea va a engrandecerse y a sobrepasar por fin las antiguas fronteras del Imperio romano. Con el Imperio franco se constituye una Europa nueva con la cual se elaborará esa civilización occidental llamada a ser la del mundo entero...

Cuarta parte: La organización económica y social.

La desaparición de las ciudades y del comercio.

El hecho más importante desde el punto de vista social, en el período que transcurre desde las invasiones musulmanas hasta la época carolingia, es la rápida extinción y después la casi absoluta desapa-